

PRECIO DE SUSCRICION.

Por un mes.....	9 rs.
Por tres id.....	24
Provincias, por un mes.....	40
Por tres id.....	27
Un número suelto <i>cuatro cuartos</i>	

EL SEGURO.

DIARIO

DE INTERESES MATERIALES, CIENTIFICO, LITERARIO, ARTISTICO Y DE NOTICIAS.

PRECIO DE INSERCIÓN.

Los anuncios, desde 36 céntimos línea hasta 42 según el número de veces.
A los suscritores se les rebajará según el valor.
Toda inserción en 1.ª, 2.ª y 3.ª página á 74 céntimos línea.

ÚNICO PUNTO DE SUSCRICION: En la Redaccion y Administracion de este periódico, sita en la calle del Principe Alfonso, núm. 32: donde tambien se harán toda clase de reclamaciones.

MURCIA 2 DE ABRIL.

JUEVES SANTO.

LA CENA.

Accipite et comedite: hoc est corpus meum
Matthaei cap. 26.

Es una casa á las inmediaciones de la ciudad Santa, de los Profetas, sobre la cumbre del Sion

En su sala principal, sentados á una mesa, hay doce hombres y con ellos el por tantos siglos suspirado Mesías, el Hijo de la hermosa Virgen nazarena, el Hombre-Dios.

Es la noche del once del mes de Nisan. Tres dias faltan para la gran solemnidad de los Hebreos. Jesus, que no ha venido á derogar la ley sino á cumplirla, ha reunido á sus discípulos para celebrar la Pascua. El hijo del Eterno cenando con sus Apóstoles cumple con la ley, que él mismo prescribiera á los mortales.....

El cetro de Israel ha muchos años, que salió de las manos de Judá. Las semanas de Daniel espiran. Las visiones de los Profetas tocan su término. El gran dia se acerca. No fueron vanas las lágrimas del inspirado cantor de los Trens: pues la bella, la privilegiada Jerusalem se apresta á prostituir sus pasadas glorias con el crimen de la mas negra ingratitud. La pérfida Sinagoga, ha decretado la muerte del Salvador.

El favorecido pueblo de Jehova, manchará sus manos y enrojecerá su frente impura con la sangre de un deicidio.

Se acerca el fin de la ley. Van á cesar las ceremonias, el altar y los sacrificios. En breve la victima santa realizará el cumplimiento de tan simbólicas figuras.

La alianza de Dios con el hombre, sellada por Moisés con la sangre de un becerro, cederá su lugar á otra alianza incomparablemente mas digna; bien así, como las caliginosas sombras de la no-

che abandonan su puesto á los benéficos rayos de la aurora.

Dios vá á dar al hombre un testamento nuevo firmado con su propia sangre.

Pocas horas mas, y el encarnado Verbo lavará con su sangre la mancha de ignominia, la señal de reprobacion y de muerte, la inflexible maldicion del cielo, que oprime á la raza envilecida.

Solo Dios podia espiar condignamente el crimen del paraíso.

Y si tanto amó Dios al mundo que le dió á su unigenito no fué menos acendrados el amor del Hijo para con el hombre.

No era bastante á satisfacer su amor inmenso, el haber ocultado los resplandores eternos de su Divinidad bajo la grosera y miserable forma de hombre. No era suficiente el cargar sobre sus hombros los pecados, dolores y miserias de todas las generaciones. Ni le bastaba el sangriento drama que iba ser inocente protagonista.

Todo es nada para Jesus cuando se trata del hombre.

Su amor agota, por decirlo así, los inagotables tesoros de su omnipotencia. Hace, si es lícito hablar así, el último, el supremo esfuerzo de su poder infinito, y desde aquella mesa, presenta á sus discípulos, y en ellos á las absortas generaciones el milagro de los milagros.

Es ley del amor el querer asimilarse y como confundirse con el objeto amado. Jesus para satisfacer esta exigencia de su amor, que es el amor elevado á su última potencia, el amor sublimado á su exceso supremo, hace en la noche de la cena el estupendo prodigio de la Eucaristía. El amor del Hombre-Dios es tanto, que quiere darse al hombre en comida y bebida; y ved que tomando el pan en sus sacrosantas manos, eleva sus ojos al cielo, y despues de haber dado gracias á su eterno Padre, lo bendice, lo parte y da á

sus discípulos diciendo: *Tomad y comer, este es mi cuerpo; tomando despues el cáliz lo bendijo igualmente y lo dió á beber, diciendo: Bebed de él todos; esta es la sangre mia del nuevo Testamento que por vosotros será derramada en remision de los pecados.*

De hoy más, el pueblo de Dios no volverá á comer el pascual cordero de la ley; porque esta vá á cesar, y el cordero sin mancha, ese cordero celestial, que vá á satisfacer á la eterna justicia por las prevaricaciones del mundo, será el alimento del hombre en lo sucesivo.

El Hombre-Dios al terminar su mision reparadora nos lega en herencia, su propia carne para que comamos, y su sangre para beber.

El pecado de Adán se nos comunica á manera de contagio por la estension y propagacion de nuestra corrompida naturaleza. Dios quiere santificarnos de una manera análoga, uniéndonos individualmente para justificarnos con su purísimo contacto.

En la Encarnacion no tomó el Verbo más, que una carne individual. En la comunión Eucarística toma la carne de todos nosotros, se la apropia, se la asimila; así se verifica el que *nosotros vivamos en Cristo y Cristo en nosotros.*

La Eucaristía, es pues, la estension de la Encarnacion.

Hay en la naturaleza humana un instinto profundamente arraigado, y universalmente recibido por sus efectos. Es la tendencia del hombre á asimilarse y confundirse con Dios.

El hombre fué criado para este fin. La fatal seducción, que le llevó al árbol de la ciencia, escitó su tendencia natural; pero no era el medio á propósito para conseguir su destino, la infraccion de la divina ley. Sucumbiendo á aquella debia perder este destino para siempre. *Sereis como Dioses,* dijo la serpiente á Eva. Este

era el destino del hombre; asemejarse á Dios, puesto que á su imagen habia sido hecho. Quiso elevarse á esa altura por el orgullo, y cayó para no levantarse jamás, si la segunda persona de la Trinidad Santísima, no se hubiera ofrecido á redimirle.

El Hombre-Dios, correspondiendo á los celestiales instintos y divinas tendencias, que en nosotros se abrigan, pretendió satisfacerlos y los satisfizo, por medios diametralmente opuestos á los que el hombre habia empleado. Jesus se humilla en el Sacramento de su amor, encerrándose bajo los accidentes de pan y vino, para elevarnos á la participacion de su divina naturaleza. Este es un segundo sacrificio, que completa por decirlo así, el sacrificio cruento de la cruz.

Nosotros, pues, debemos al Salvador, amor por amor, sacrificio, por sacrificio. Debémosle ese amor de nuestra alma, que por grande que sea, no será mas, que una pálida imagen del que le obligó á instituir tan admirable Sacramento. Debémosle el sacrificio de nuestro orgullo en aras de la fé, la abnegacion de nuestra soberbia, razon ante la impenetrabilidad de tan gran misterio.

Incrédulos, que insultais sacrilegamente el Sacramento del amor, negando la real presencia de Jesus Cristo en la Eucaristía, porque vuestra orgullosa inteligencia es impotente á daros una explicacion del misterio ¿por qué no negais tambien la existencia de esa infinidad de fenómenos naturales, cuya causa secreta en vano se esfuerza en alcanzar vuestra débil razon? ¿Por qué no rechazais la existencia de esos fenómenos fisiológicos, que pasan en vosotros mismos, y que no podeis explicarnos? Sois impotentes para penetrar los misterios de la naturaleza intentais osados explicar los de su autor!

En el seno de la perversidad na-